



UNR Universidad
Nacional de Rosario

Revista Digital
Lecturas
Psicoanálisis y Salud Mental

ISSN 2250 8562

Año 18 - N° 01
Año 2020

Repositorio Hipermedial - UNR

Comunidad: Consejo de Investigaciones - CIUNR

Sub-Comunidad: CIUNR - Ciencias Sociales y Humanísticas

Director: Dr. Mario Kelman - Investigador CIUNR

Comité Editorial: Ps. Daniela Tanoni - Ps. Rafael Echaire Curutchet - Ps. Germán Fiderio

Año 18 - N° 01

EDITORIAL

Tenemos el agrado de presentar a continuación un artículo titulado *“La formación del analista y su introducción en la práctica”* cuya autoría corresponde a Sofía Carrizo. Tal como se ha indicado oportunamente, se trata de un trabajo escrito final presentado al concluir el Ciclo 2019/2020 del Curso Teórico-Práctico *“Práctica Clínica e Intersecciones en el Campo de la Salud Mental”* dirigido por Dr. Mario Kelman en el marco del Programa *“Problemáticas Contemporáneas: Psicoanálisis, Ciencia y Ciencia Cognitiva”*



UNR Universidad
Nacional de Rosario

Revista Digital
Lecturas
Psicoanálisis y Salud Mental

pertenciente al Centro de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad Nacional de Rosario (CEI-UNR).

De modo indiscutiblemente singular, los hilos que plantea y sostiene el artículo recorren y enlazan interrogantes localizables en *tiempos de autorización* a una práctica radicalmente otra, ciñendo la relación ineludible con los fundamentos y con la historia que le es inherente. A través de ello, invita a interpelar: ¿el tiempo de la autorización coincide con un tiempo primero?; más aún ¿*la introducción en la práctica* configura un tiempo primero que en algún momento queda atrás?. Planteo necesariamente ético.

Invitamos a la lectura en el contexto de una publicación que reúne trabajos escritos elaborados por practicantes concernidos en el real ineludible de la clínica.

RAFAEL ECHAIRE CURUTCHET

Integrante del Comité Editorial
Revista Digital “Lecturas”

Integrante del equipo docente del Curso Teórico-Práctico
“Práctica Clínica e Intersecciones en el Campo de la Salud Mental” - CEI-UNR

Nota: La editorial no se responsabiliza por los contenidos y la legitimidad de los textos publicados, siendo responsabilidad de cada autor.



UNR Universidad
Nacional de Rosario

Revista Digital
Lecturas
Psicoanálisis y Salud Mental

LA FORMACIÓN DEL ANALISTA Y SU INTRODUCCIÓN EN LA PRÁCTICA

SOFÍA CARRIZO
sofia_carrizo@outlook.com.ar
Psicóloga

Palabras Clave:

Psicoanálisis - Analista - Formación

Introducción

Finalizado el recorrido por la Universidad, una vez obtenido el título profesional, nos encontramos con un nuevo mundo. Realizados los trámites formales, contamos con la matrícula que nos habilita legalmente para poder ejercer. Sin embargo, pensando en una clínica orientada por los principios del Psicoanálisis ¿alcanza con dicha habilitación?

Al enfrentarnos por primera vez a la práctica de manera profesional, nos topamos con que ésta excede la teoría. El encuentro con lo real pone a prueba toda



la formación teórica, desbordándola e interpeándola. En efecto, son muchos los interrogantes que se nos presentan, algunos por primera vez mientras que otros reaparecen: *¿Qué es el Psicoanálisis? ¿De qué se trata la clínica psicoanalítica? ¿Cuándo comienza un análisis? ¿Cuándo es el fin de un análisis? ¿Existe un fin de análisis? ¿Cuál es el lugar del analista? ¿En qué momento advenimos analistas? ¿Quién nos autoriza? ¿Basta la mera obtención del título universitario?*

Resulta interesante que todos estos interrogantes, que emergen en la introducción a la práctica no se reduzcan a un momento de angustia y soledad frente a lo nuevo sino que posibiliten una instancia en la cual se puedan alojar y replantear éstas y muchas otras cuestiones que nos permitirán tomar una posición singular respecto a la ética y política de nuestra propia práctica.

Se considera pertinente pensar el impacto de estos primeros encuentros con la práctica en vínculo con la formación universitaria, la cual se caracteriza por ser predominantemente teórica.

La formación del analista y su introducción a la práctica, su encuentro con lo real de la clínica serán los principales temas del presente ensayo. Para ello se volverá sobre los principales fundamentos, criterios y referencias que la orientan con el fin de poder interpelarlos y pensar en los efectos que éstos tienen sobre el posicionamiento singular de cada analista.

Psicoanálisis, un discurso inédito

Para poder abordar los dos ejes fundamentales de este escrito *-la formación del analista y su introducción a la práctica-*, es necesario previamente realizar un breve recorrido por algunos conceptos fundamentales del Psicoanálisis. Partir sobre la pregunta inicial *¿Qué entendemos por Psicoanálisis?*, resulta pertinente en tanto nos acerca nuevamente al origen del mismo.



El Psicoanálisis constituye un discurso inédito que se inaugura con el descubrimiento freudiano del inconsciente. Lo inédito de este discurso alude no sólo a un nuevo modo de concebir lo humano, sino también a un nuevo modo de comprender el sufrimiento de éste. Su invención se presenta como una irrupción, como una herida en el corazón de la Modernidad. Su entrada en la razón occidental no fue fácil en tanto generó grandes rechazos y resistencias en los discursos de la época. Esta conmoción responde al corte irreversible que introduce el Psicoanálisis al recuperar todo aquello que la ciencia forcluye y darle un tratamiento.

Freud, a partir de los límites que encuentra en su experiencia con las histéricas, produce un giro del campo de la mirada al campo de la escucha. A diferencia del discurso médico-hegemónico, que se caracteriza por un desconocimiento del cuerpo como lugar del goce, el Psicoanálisis toma al sujeto en su singularidad y al cuerpo en su estatuto de cuerpo erógeno. En cuanto a la noción de síntoma también plantea una diferencia radical: mientras el discurso médico busca su eliminación, el Psicoanálisis le otorga a los síntomas un sentido además de considerarlos parte constitutiva del sujeto.

Por otra parte, en cuanto a la relación con lo real, mientras la Ciencia Moderna ofrece respuestas estableciendo el orden, el Psicoanálisis sostiene la pausa, el silencio, no respondiendo a las exigencias de ésta. En este sentido, el Psicoanálisis destituye el lugar de la garantía, se presenta como un saber agujereado. Se trata de aceptar la falta en tanto nunca habrá un saber totalizante, aquí hablamos de Otro saber.

M. Foucault (2010), durante una conferencia brindada en el año 1969, en relación al descubrimiento del inconsciente le da a Freud un lugar de iniciador de discurso. No lo considera simplemente un autor ya que entiende que con su descubrimiento, con la introducción de un nuevo discurso, dio lugar a otros.



En vez de establecer generalizaciones aplicables a todos por igual, utopía de la ciencia moderna occidental, el Psicoanálisis es un discurso que apela a lo irreductible singular.

Esta forma del Psicoanálisis de concebir lo humano, el sufrimiento, el síntoma y la cura, tiene sin dudas sus efectos sobre la clínica. ¿De qué se trata ésta?

La clínica psicoanalítica

El Psicoanálisis además de ser un discurso, es una praxis. Cuando hablamos de clínica psicoanalítica nos referimos a lo que acontece efectivamente en la experiencia de análisis, al encuentro con lo real. El sujeto que se presenta en la clínica es un sujeto siempre escindido. A diferencia de la clínica médica que busca eliminar al síntoma, el dispositivo analítico se orienta por éste, en tanto considera que es estructural del sujeto. En vez de dar respuestas, que obturan, abre a la interrogación e invita al sujeto a preguntarse por aquello que lo aqueja, dilucidando el modo en que éste se ve implicado en ello.

Freud (1978), al hablar de la terapia psicoanalítica, sostiene que ésta no quiere agregar ni introducir nada nuevo, sino restar, retirar para llegar a la génesis de los síntomas. Se trata de desligar sentido, extraerlo, para poder dar lugar al vacío que permitirá una re-elaboración singular de lo que *'no anda'*. Para poder sostener este lugar, este agujero, es necesario no responder ante la demanda del analizante. Es justamente esta posición frente al vacío estructural lo que diferencia a la clínica psicoanalítica de otras psicoterapias, ya que mientras estas últimas buscan colmarlo sugiriendo al paciente lo que debe hacer con su sufrimiento, el Psicoanálisis mantiene la pausa en tanto entiende que sólo el sujeto podrá saber de éste.



De lo que se trata, entonces, es de favorecer una escucha abierta a lo inesperado del hallazgo, la novedad, la sorpresa. Anoticiarse de lo real y elaborar un modo de hacer con ello, no será sin efectos ni sin angustia pero allí habrá algo del orden del despertar por la vía de la conmoción, lo cual es irreversible.

No obstante, la experiencia analítica no sólo alude a las condiciones mismas de la práctica, lo que allí adviene, sino también a los lineamientos teóricos que la fundamentan. Implica la referencia al campo conceptual pero también lo interpela.

En efecto, la clínica habilita un cuestionamiento de ciertos conceptos posibilitando nuevas producciones que deberán, en segundo término, sistematizarse. Al respecto, en la clase del 10 de diciembre de 1974, en el Seminario *RSI*, J. Lacan (1974-1975) plantea lo indispensable que resulta que el analista sea al menos dos: el analista para tener efectos y aquel que a esos efectos los teoriza.

Esta clínica que se caracteriza por la apuesta al decir singular, al caso por caso, a su vez no es sin otros. Es necesario el trabajo en marcos donde sea posible el debate, la investigación, la producción y la escritura junto a otros.

Como se ha intentado ilustrar en estas líneas sostener la clínica es un hecho ético, político y analítico.

El analista

Habiendo introducido algunas nociones generales sobre el discurso y la clínica psicoanalítica, es tiempo ahora de proseguir con la figura del analista.

Ineludiblemente, la experiencia analítica necesita de la presencia de dos partes: el analista y el analizante. La presencia del analista es fundamental en tanto que sosteniendo una escucha terapéutica en el tiempo, ofreciendo un espacio,



causa el decir del analizante. Para que esto ocurra, para que el hablar tenga consecuencias y algo se inscriba produciendo efectos debe operar la transferencia.

La transferencia, pilar de la clínica psicoanalítica, es un concepto elaborado por Freud a partir de su propia práctica. Si bien ha ido modificándolo a lo largo de su obra, podemos definirla como un actuar por parte del paciente en el cual recrea, revive como actuales, mociones y fantasías de su infancia sustituyendo la persona anterior por la persona del médico. Para Freud (1980) se trata del medio más poderoso para el análisis como así también el arma más potente de la resistencia.

Por medio de esta transferencia, el analista encarna en un análisis el lugar de Sujeto supuesto Saber, como Lacan (2012) lo llama. El analizante se dirige a su analista, suponiendo que éste cuenta con un saber respecto a lo que le pasa, lo que le aqueja. Sin embargo, ese saber del analista no es un saber *a priori*, sino atribuido a él. Es necesario dejar en claro que el saber que se juega en la experiencia analítica es aquel aportado por el analizante, no por el analista.

Sostenerse en una posición ética implica aceptar esto último, en tanto el analista no puede saber lo que el sujeto no sabe. En efecto, el duelo por la certeza constituye uno de los duelos fundamentales que debe realizar el analista ya que de no ser así cae en el riesgo de obturar la escucha dificultando la continuación del análisis.

El hecho de que en el análisis nos encontremos con un solo sujeto, el analizante, se vincula con lo que Lacan (2014a) llama el “*des-ser del analista*”. Para que el analista pueda tomar su función debe ignorar lo que sabe, ponerlo en suspenso. Vacío del ser del analista en tanto vacío de su saber. Para que haya eco de un decir es necesario que haya silencio, si hay murmullo no podemos escuchar.

En síntesis, el analista se configura como un *no-todo*, que debe poder aceptar lo enigmático de todo sujeto, a partir del reconocimiento de lo real, y trabajar con ello, en lugar de ir en búsqueda de certezas. Para esto no tiene que responder a la demanda del analizante, sino al contrario, debe poder propiciar un espacio en el



cual éste pueda producir algo del orden de la escritura, una elaboración posible de lo indecible.

La asimetría existente en el análisis, la posición de Sujeto supuesto Saber, le permite dirigir el tratamiento pero no al analizante. De ningún modo puede aspirar a transformar o modificar su conducta, de ningún modo puede pretender saber lo que él no sabe. En ese sentido, su abstinencia es fundamental. “El analista cura menos por lo que dice y hace que por lo que es” (Lacan, 2014a, p.567). Ahora bien, ¿cuándo se adviene analista? ¿En qué consiste su formación?

La formación del analista

La formación del analista se presenta como un tema de gran complejidad en la transmisión del Psicoanálisis. Tal es su importancia que dentro de la historia del movimiento analítico, posee su propia historia de institucionalización.

Sabemos que el Psicoanálisis no constituye un campo discursivo homogéneo, dentro de él nos encontramos con diversas concepciones sobre la teoría, práctica y clínica, que visibilizan en cierto modo sus fundaciones y escisiones a lo largo de la historia.

En la primera década del siglo XX, para ser considerado analista, bastaba sostener la práctica psicoanalítica, con sus bases y fundamentos, y ser reconocido por Freud. Al comienzo esto era llevado a cabo por unos pocos discípulos de Freud que, en otras palabras, aceptaban la existencia del inconsciente y trabajaban con él sosteniendo una práctica totalmente inédita hasta ese momento.

Sin embargo, cuando los adeptos dejaron de ser sólo aquellos que constituían el núcleo cercano a Freud, se comenzó a pensar progresivamente en la necesidad de crear Sociedades Psicoanalíticas. Al ampliarse cada vez más el



interés por el Psicoanálisis tomando éste un carácter internacional fue necesario acordar ciertos '*criterios*' de formación para aquellos que quisieran ser analistas.

Es interesante señalar que, más allá de las diferencias y disputas que encontramos en el campo psicoanalítico, la cuestión de la formación del analista encuentra un consenso general en el trípode freudiano.

En efecto, la formación del analista para Freud (1990) reposa sobre tres pilares elementales: el análisis del analista, análisis de control o supervisión y la formación teórica.

Si bien cada elemento de este trípode es fundamental e ineludible, el análisis propio posee un lugar privilegiado en tanto es el que permite transitar la experiencia del inconsciente, la cual es intransferible.

Así pues analista se hace en la experiencia de un análisis, en donde nos encontramos con un saber que no es otro que el saber de lo inconsciente que no puede ser enseñado sino aprendido en la experiencia misma. Si bien la formación teórica es totalmente necesaria, por sí sola no es suficiente. Es el análisis, lo que permite al psicoanalista instaurarse como tal.

Esto aquí dicho, ya lo introducía Freud al discutir sobre la enseñanza del Psicoanálisis en la Universidad. Lo que él señalaba es que el analista "puede prescindir de la Universidad sin menoscabo alguno para su formación" (Freud, 1979, p.169). No se opone a la enseñanza del Psicoanálisis en este contexto pero advierte que allí quedará limitada a la teoría y la formación no puede reducirse a una trasmisión dogmática. En 1926, reafirma lo indispensable del análisis personal como espacio de formación al postularlo requisito para poder ejercer como analista (Freud, 1990).

En relación a sus escritos técnicos, Freud deja en claro que lo postulado allí sólo se trataban de sugerencias que a él le habían servido, elaboraciones hechas a partir de su propia práctica, y no de técnicas universales a seguir. En consecuencia,



en Psicoanálisis no podemos hablar de la transmisión de un saber total, que daría cuenta de una operatividad, de un saber hacer anticipado, ya que esto no existe ni va a existir.

Concluyendo podríamos decir entonces que la experiencia analítica enseña un saber, el del inconsciente, y trasmite un deseo, una falta. Al acercarnos a la falta estructural posibilita el cuestionamiento por aquello que Lacan (2012) llama “*el deseo del analista*”.

El deseo del analista

El deseo del analista, como tal, es una noción introducida por Jaques Lacan. Si bien podemos encontrarla en diversos momentos de su obra, uno de los primeros escenarios en donde comenzó a desplegarse fue en “*La dirección de la cura y los principios de su poder*”. En este escrito, Lacan (2014a) empieza a plantear con mayor firmeza la cuestión del deseo del analista como motor y fundamento de análisis. Ahora bien, ¿de qué se trata este deseo?

En primer lugar es importante dejar en claro que el deseo del analista no refiere sólo al deseo de atender pacientes, de analizar, sino más bien al deseo de que haya análisis. Deviene de la experiencia analítica y a su vez es condición de la misma.

Asimismo, el deseo del analista implica el estudio de la teoría, el encuentro con otros y el compromiso de reinventar el Psicoanálisis en cada encuentro. En este sentido, alude a una ética que propone no alejarse ni olvidarse de lo irreductible, lo singular del sujeto, y lo contingente de los enunciados.

El analista, orientado por este deseo, dirige el análisis a partir de lo real, lee lo que se dice más allá de lo que se dice. Toma los dichos apuntando a un decir,



ubicando la singularidad de la modalidad de goce, ya no se trata de la significación del dicho sino del sentido. Significación y sentido se oponen, el sentido se produce en el decir. El decir abre el sentido, es del orden de la escritura.

Cabe recordar que el análisis no apunta de ninguna manera a una corrección de la conducta, ni a una dirección de la consciencia. El deseo del analista ofrece un vacío, una falta en el Otro, haciendo lugar al deseo. Propicia la espera, la pausa, acompañando al sujeto al rodeo por lo real.

En este aspecto, el deseo del analista apunta a crear las condiciones que le permitan al sujeto un cambio de posición respecto al síntoma, esto no como fin, sino como consecuencia ya que como sostiene Lacan (2014b) la cura se produce por añadidura.

De igual forma se trata de un deseo que apunta al deseo del sujeto en tanto deseo inconsciente. Como medio, instrumento o función, el deseo del analista sostiene el análisis. Apunta a un deseo de saber, pero no en cuanto tener un saber sino deseo de saber lo que no se sabe.

En el análisis el objeto del deseo del analista es el deseo mismo, desea el deseo del analizante, deseo de la diferencia, y su ética apela ciertamente a su deseo que le advierte no identificarse con el goce, respetando la singularidad del deseo del analizante al no ofrecerse él como un ideal. En este sentido, el deseo es no caer en el juego de su paciente, absteniéndose a responder la demanda del mismo.

Por sí mismo, este deseo no significa nada, adquiere valor en cadena, tomando forma en análisis. Indica un cambio de posición respecto del saber, suscita causa de deseo, descubrimiento. Está implícito en la ética del analista, en su ejercicio, su formación, su disposición, su escucha como así también en su abstinencia, en su silencio.

En relación a esto último, recordemos que la función del analista apunta justamente a preservar el lugar de lo indecible, el vacío por estructura, en tanto el fin



del análisis es asentir algo en relación a ese vacío, o, en otras palabras, la rectificación del sujeto con lo real. Pero ¿Qué es lo real?

El encuentro con lo real de la clínica

A pesar de que son muchas las elaboraciones que encontramos respecto a lo real en la enseñanza de Lacan, podemos decir que lo real es aquello que la estructura del lenguaje no puede aprehender. Aquello que no cesa de no escribirse, lo imposible de simbolizar. En la práctica lo real es aquello que insiste, el goce. En los primeros pasos en la clínica, nos topamos de golpe con ello. Es importante poder considerar estos encuentros iniciales ya que se trata de la emergencia de lo real, del acontecimiento que provoca sorpresa y sin duda produce efectos sobre la subjetividad del analista. Da lugar a una nueva orientación que permite admitir y poner en función el *no saber*.

Este nuevo tipo de saber que se pone de relieve, se enlaza a la contingencia y la singularidad propia de cada sujeto. Propicia un '*saber hacer con*' que requiere de la invención. En este sentido el analista nunca puede saber de antemano cómo actuar ya que no existen reglas ni técnicas universales aplicables a todo sujeto.

Podríamos decir que en la formación universitaria predomina una relación con el saber que se sostiene en la ilusión de que el mismo progresa en forma lineal y acumulativa hacia una posible totalización, el todo saber. Mientras que el encuentro con lo real de la clínica, nos permite interpelarlo inaugurando una relación con otro saber. Un saber agujereado en la propia experiencia, un saber que nos permite un cambio de posición subjetiva.

Ya no se trata del saber referencial, el saber establecido, sino el '*saber hacer con*' que, como se ha mencionado anteriormente, se orienta por lo singular, lo contingente, aquello que escapa a la simbolización.



Para finalizar, se considera pertinente mencionar lo que Lacan (2012) proclamó en la “*Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela*”. Allí, en relación al analista, mencionó que éste se autoriza a sí mismo, junto a algunos otros, lo cual resulta interesante al vincularse con lo que hemos abordado en este ensayo. Si bien la formación teórica es valiosa, en tanto no se puede ejercer sin un amplio conocimiento de la misma, por sí misma no garantiza la formación del analista como tampoco lo hace sólo la práctica clínica. Se trata más bien de una conjunción de instancias que permanentemente deben ser reevaluadas en las coordenadas de la actualidad.

Además, resulta pertinente recordar que la autorización del analista no es de una vez y para siempre, sino cada vez, con cada paciente y en cada momento del análisis.

Conclusiones

La introducción a la práctica analítica constituye una instancia difícil de transitar. Considerando que provenimos de una formación universitaria mayormente teórica, son numerosos los temores e incertidumbres que se presentan en esta etapa inaugural del ejercicio profesional.

Lo cierto es que más allá de la complejidad que reviste el primer encuentro con la práctica, ésta representa un momento decisivo en la formación del analista. En efecto, es a partir de la misma que se podrá comenzar a elaborar la propia posición, ética y política de trabajo.

Como se ha intentado reflejar a lo largo de este ensayo, si bien el amplio conocimiento de lo conceptual es esencial, la formación del analista no puede reducirse a una trasmisión dogmática.



La práctica posee un valor crucial en tanto posibilita la indagación de los conceptos que la sustentan. Al desbordar la teoría, conduce a la enseñanza mientras permite formular y sostener interrogaciones propias y singulares de quien la transita.

Asimismo, el encuentro con lo real de la clínica inaugura una relación con otro saber. Un '*saber hacer con*' que se irá elaborando inexorablemente orientado por lo irreductible singular, con cada paciente, en cada momento.

Sin embargo, más allá de su importancia, el cambio en la posición subjetiva no depende sólo de este encuentro con lo real de la clínica. Es necesario tener siempre presente la importancia de sostener el trípode freudiano, no como una cuestión de mecanismo a perpetuar, sino como un deber ético del analista.

Por consiguiente, no puede negarse que la formación del analista requiere de la práctica, la teoría y la clínica. De ninguna manera podemos prescindir de alguno de ellos en la medida que el Psicoanálisis se sostiene de estos tres.

Finalmente, podemos decir que no existe en Psicoanálisis un ideal de formación a alcanzar de una vez y para siempre. Es necesario volver periódicamente sobre los cuerpos teóricos contextualizándolos, interpelándolos y problematizándolos en las coordenadas de la actualidad.

En este sentido, la formación del analista es una tarea incesante que, por momentos, se da en soledad pero siempre es en el encuentro junto a otros. Es evidente que el lugar del analista no es sencillo de habitar, sin embargo algo nos empuja a hacerlo.

A pesar de las dificultades, resistencias e imposibilidades la clínica psicoanalítica nos convoca y compromete a reinventarnos en cada encuentro, con cada paciente, cada vez.



Referencias bibliográficas

- FREUD, S. (1990). *¿Pueden los legos ejercer el Psicoanálisis? Diálogos con un juez imparcial*. En: S. Freud *Obras completas*, T.20. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1980). *Sobre la dinámica de la transferencia*. En: S. Freud *Obras completas*, T.12. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1979). *¿Debe enseñarse el Psicoanálisis en la Universidad?*. En: S. Freud *Obras completas*, T.17. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1978). *Sobre psicoterapia*. En: S. Freud *Obras completas*, T.7. Buenos Aires: Amorrortu.
- LACAN, J. (2014a). *La dirección de la cura y los principios de su poder*. En: J. Lacan *Escritos 2* (pp. 559-616). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2014b). *Variantes de la cura-tipo*. En: J. Lacan *Escritos 1* (pp. 311-346). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2012). *Proposición del 09 de Octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela*. En: J. Lacan *Otros escritos* (pp. 261-278). Buenos Aires: Paidós.
- (1974-1975). *Seminario RSI. Clase del 10 de Diciembre de 1974*. Inédito.
- FOUCAULT, M. (2010). *¿Qué es un autor?*. En: M. Foucault *Obras esenciales*. Barcelona: Paidós.

Bibliografía

- FREUD, S. (1976). *Conferencias de introducción al Psicoanálisis - Partes I y II*. En: S. Freud *Obras completas*, T.15. Buenos Aires: Amorrortu.

Dirección: Dr. Mario Kelman - Investigador CIUNR

Comité Editorial: Ps. Daniela Tanoni - Ps. Rafael Echaire Curutchet - Ps. Germán Fiderio

Comunicaciones a: mariokelman@unr.edu.ar

ISSN 2250 - 8562